



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18115

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 2 DE AGOSTO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d fácil cobre.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Rareza de los Eclipses solares

Es lo cierto que cada 18 años hay 41 eclipses de sol, locando por consiguiente, á más de dos cada año, como término medio, la mayor parte totales, y puede haber hasta cuatro entre todos: mientras que de luna en el mismo periodo jamás pasan de 29, y así salen, uno con otro, a eclipse y medio por año solamente. Mas aún: cuando el total de eclipses se reduce á dos, y son los menos que puede haber en un año, los dos son precisamente de sol. Pues qué vamos á creer, según esto, que no tiene fundamento alguno la persuasión contraria en que generalmente estamos? ¿Quién no ha visto en su vida varios eclipses de luna? ¿Y cuantos hay que hayan visto alguno de sol?

Aquí está precisamente la clave de la respuesta. Es que cuando tratamos de si los eclipses solares son muchos ó pocos, de si son más ó menos que los lunares ó que tales y cuales otros fenómenos, nos referimos, por lo común y sin darnos cuenta, á los que nos es dado ver en la localidad que habitamos, ó suponemos sin advertirlo que los de sol son algo así como los de luna, que son visibles donde quiera que el astro se halla á la sazón sobre el horizonte. Y el hecho es que son de índole muy distinta.

Los de luna son, producidos por la sombra de la tierra, en la cual nuestro satélite al pasar se sumerge, ya en parte, ya del todo, como puede muy bien hacerse por ser la sombra de la tierra; aun a la distancia de la luna, bastante mas ancha que esta: claro está que, quedándose entonces á oscuras, obscura habrá de mostrarse á cuantos á la sazón le tengan delante, que son los de todo un hemisferio terrestre.

Los de sol los producen, al contrario, la interposición de la luna, cuya sombra, ya en su origen más delgada que la tierra, va todavía adelgazándose más y más á medida que se alarga lejos de él, hasta venir á terminar en punta, á veces antes de llegar hasta nosotros, y entonces á nadie deja á oscuras, y siempre muy poco mas allá del otro lado de nuestro planeta, por donde lo más que hace es barrer á su paso una faja estrechita de la superficie de éste, cubriendo en cada momento leve porción circular de la misma y quitando el sol á solos los que en ella casualmente se encuentren.

Tal vemos en días de verano la sombra de fugaz nubecilla cruzar de un extremo á otro la llanura, y ofuscarlo unos tras otros los campos, envolvernos breve tiempo á nosotros mismos, mientras su sol de fuego sigue en derredor alumbrando todo lo restante del horizonte.

Rara casualidad, ¿no es así? El que esa reducida sombra venga á pasar precisamente por donde estamos nosotros, si por cierto; pero el que en 12 ó 14 horas una nubecilla cruce por delante del sol y barra con su sombra, por un lado ó por otro, llanura tan grande, no lo es tanto. A la distancia á que pasa de nosotros el día 30 de Agosto, la sombra proyectada por la luna medirá de anchura unos 190 kilómetros. Pudiera esta pasar todavía algo mas cerca y medir aquellos hasta 278 á 280; pero no mas. Que acierte á deslizarse por la superficie terrestre precisamente cuando el hemisferio en que nosotros vivimos se halla vuelto hacia el sol; que pase del Atlántico al Mediterraneo, y esto salvando sus barreras por la parte que constituye al mismo tiempo los límites naturales de nuestra nación, y que en vez de otros tres ó cuatro caminos de su misma anchura é igual dirección, que todavía encuentra

para ello bien expeditos, tome por suerte el que le hace tropezar con el reducido horizonte de tal ó cual lugar determinado, rara coincidencia es, no puede menos: tan rara, que para la capital de Francia, por ejemplo, no se ha vuelto á dar el caso desde el 22 de Mayo de 1724, ni se dará todavía en todo lo que queda del presente siglo, y, lo que es más, en Londres, durante los mil cinco años que corren desde 1140 á 2145, no se da mas que una sola vez, la ya pasada de 1715. Pero que al interponerse en el espacio, venga á tocar por algun lado ó atravesar mas arriba ó mas abajo el círculo de iluminación de 13.000 kilómetros de diametro que hacia esa misma parte presenta siempre la tierra, esto ya no tiene mucho de extraño.

Lo extraño parece, á primera vista, el que de hecho, aun esto mismo suceda tan raras veces. Porque sabido es que la luna pasa por entre el sol y la tierra cada vez que en el cielo se nos pierde de vista, cosa que sucede cada 29 días y medio, próximamente, ó lo que es lo mismo, 12 veces al cabo del año.

¿Como, pues, no le eclipsa otras tantas, al menos para alguna parte de su anchurosa superficie? Así sería, en efecto, si la luna siguiese á nuestra vista en el cielo poco mas ó menos el mismo camino que el sol, solo que en realidad cada uno de los astros va por el suyo, el cual, sin apartarse nunca del otro gran cosa, tampoco se cruza con él mas que en dos puntos diametralmente opuestos. De esta manera, cuando el sol y la luna, cada uno por su camino, vienen á ponerse a par enfrente de la tierra y están ya á punto de adelantarse uno á otro, pora que la luna pase rasando con el disco del sol ó nos le oculte del todo ó en parte, es necesario además que la una y el otro lleguen entonces mismo ó estén para llegar al punto aquel

adonde vienen á cruzarse sus respectivos caminos; lo cual no da de ser otra nueva y, por lo mismo, más rara coincidencia, sea la que fuere la regularidad del movimiento de ambos.

Con todo, siempre queda en pie lo que ya hemos dicho; que también esta coincidencia se verificó al cabo de pocas veces cada 18 años si esto quita ó no que hallamos de llamar raros en absoluto los eclipses, sólo el lector alia para sus adentros. A quien seguramente se le harían bien raros estos encuentros es al que hubiera vivido unos años allá en nuestro vecino planeta «Marte» y visto en cada uno de ellos pasar sus dos lunas por delante del sol no menos de 1.388 veces la primera 123 la segunda, además de eclipsarse innumerables veces entretanto, ya mutuamente una á otra, ya cada una de por sí ó ambas á la par en la sombra para ellas inmensa del planeta. Verdad es, que aquellas lunas... no son lunas: pequeños discos oscuros que yuxtapuestos y aun bastante separados uno de otro, caben holgadamente y pueden verse á menudo ambos á la vez dentro del círculo brillante del sol; allí todavía más reducido que en nuestro cielo; aerolitos fugaces de diametro apenas sensible, que con velocidades distintas, pero los dos en pocos segundos, cruzan por él inadvertidos, sino del curioso que está sobre aviso. Por lo mismo, tampoco estos eclipses son eclipses.

En cambio, ¿qué otros aspectos y qué movimientos y qué vicisitudes tan variadas y nunca vistas las de los tales satélites!

Pero demos punto por hoy, volviendo los ojos á nuestro mundo lunar y sublunar, no se nos diga que desde el sol se nos va el Santo al Cielo... de Marte.

En nuestro artículo siguiente nos ocuparemos de las «Sorpresas de los Eclipses Solares».

M. M.

YO ME PRESENTO

Decididamente me arrojo á la política y doy mi nombre como bandida de combate.

De combate legal, ¿eh? No vayan á tomarlo las autoridades por revolucionario y me den una calabazada de esas que dicen que dan por ahí.

Si, señores, me arrojo. Quiero nacer del fondo de las cruas á una vida nueva, á la vida oficial, y me decido á intervenir en la batalla que se está preparando para el mes de Septiembre, si es que para entonces no se han tirado ya los trastos los señores del margen.

¿Qué soy desconocido para aspirar á ser representante del país? Por ese solo mérito conozco á más de uno que fué elegido sin oposición. Donde pasa un cunero bien puede pasar este cura, que no es ningún extraño y que si se le compara con cualquier Fulanoz, de esos que van al Parlamento á cultivar el monacillo, resulta con un coeficiente de superioridad abrumador. ¡Va ya una frase para arrojarla al hemisferio desde la tribuna!

Frente á cualquiera de esos diputados afectos de mudas y que por ende son ignorantes en geografía electoral hasta el punto de desconocer qué parte de España ocupa su distrito, yo soy un hombre superior, un super hombre con se dice ahora y... ¡vamos! que no me quede en casa viendo como suben los demás.

Después de todo no soy desconocido en absoluto. Tengo media docena de amigos que me darán sus votos. De la vida de relación que hago puedo sacar algunos provechitos. Si le pido el sufragio al peluquero que me arregla ¿me lo negará? ¿No irá gustoso el camarero que me sirve el café á echar mi nombre en la urna electoral? ¿Y el zapatero que me calza? ¿Y el sastre que me viste? ¿Y el marido de mi lavandera y su yerno el sereno del barrio? ¿Y el industrial que me presta las botas y el tendero que surte mi despensa?

Nada, nada, me arrojo á la política. Quiero ser diputado. Pero... ¡Otramba!... No había pensado en ello. ¿Con qué carácter entro en la lid electoral? ¿Me anuncio como amigo del gobierno?

¡Guarda, Pablo! Si se entera el yerno de Montero Rios de que surge un candidato más que busca apoyo, me confunde. Bueno lo tienen los mil y pico de aspirantes que no le dejan comer ni dormir.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1169

LOS BANDIDOS DE ORGEBES 1169

mo de costumbre. Pero ¿han marchado ó no han marchado?

—Importa saberlo cuanto antes,—dijo Daniel con agitación.—No estamos lejos de la Maette, el terreno es favorable. ¡A caballo! y que la maldición de los hombres honrados caiga sobre los que se quedan atrás.

reconocido el sitio y que estaba segurísimo de su ruta.

La noticia reanimó el valor de ginetes y peatones; pero ya se había perdido mucho tiempo en rodeos inútiles, iba trascurrida más de la mitad de la noche, y era de temer que cuando se llegase al sitio de reunión de la banda, le hubiesen ya abandonado el Guapo Francisco y su gente.

Al atravesar una meseta descubierta, vióse un resplandor rejizo que se reflejaba en el cielo nocturno.

—Hé ahí las hogueras del campamento,—exclamó el Tuerto con acento de triunfo.

Reclamó silencio para asegurarse de si se oía el eco de los cánticos y bailes que acompañaban ordinariamente las reuniones de la banda. Pero solo llegó á sus oídos el susurro de la brisa nocturna, y exceptuando aquella tinta rojiza que aparecía en el horizonte, nada revelaba la presencia de gente en aquellas solitarias campiñas.

El Tuerto pareció concebir algunos temores y movió la cabeza.

—¡Bah!—dijo por último,—esta noche tienen otra cosa en qué ocuparse más que en cantar y bailar co-

Posible era, en efecto, que el Tuerto hallase un plan diabólico en conducir á los agentes de la fuerza pública por los sitios más quebrados é inaccesibles; pero sus razones parecían muy aceptables, y Daniel dió el ejemplo de la resignación.
Echó pié á tierra, y llevando de la brida á su ca-